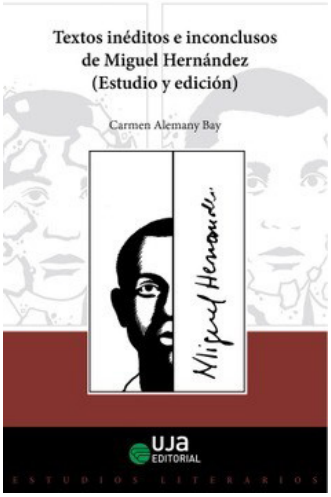
«A beneficio de inventario»

Crónicas de libros y personas próximas

Carmen Alemany



A lo largo de bastantes años he intentado crearme la imagen del poeta Miguel Hernández mientras escribía en unos papeles que eran soportes generalmente pobres, llenándolos de tachaduras, de palabras nuevas, de términos a veces hasta ese momento desconocidos por él, de sinónimos, de adjetivos que intensificaban significados, de verbos emocionales y precisos…Esta imagen conjetural se unía a veces a la del poeta leyendo, descubriendo literatura del pasado y del presente, encontrándose con Góngora, Quevedo, San Juan de la Cruz, Garcilaso, Lope de Vega, Calderón, o con los más próximos Federico García Lorca, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Pablo Neruda, Vicente Aleixandre, Ramón Gómez de la Serna… Creo que es imprescindible formarse esa imagen de Miguel Hernández para enfrentarse con los cerca de mil cuatrocientos papeles autógrafos que se conservaban en el archivo de San José de Elche y que ahora están en el Archivo Provincial de Jaén.

Cuando digo «se conservaban», me refiero a un pasado que empezó en 1986, cuando Josefina Manresa, viuda de Miguel Hernández, depositó en el Archivo Municipal de Elche más de un millar de manuscritos del poeta que había conservado, escondiéndolos durante muchos años por la persecución que vivió el poeta y seguía sufriendo su memoria durante casi toda la vida de Josefina. Una parte habían sido publicados, a veces algunos pocos mal publicados, y otra era inédita, consistente sobre todo en lo que consideramos esbozos y antetextos. En 1988 –Josefina había fallecido en 1987- el alcalde de Elche, Manuel Rodríguez Maciá, me encargó la catalogación de aquel fondo y tuvimos la fortuna de que aceptase a colaborar en su ordenación Carmen Alemany Bay, que por entonces estaba iniciando sus estudios de doctorado en la Universidad de Alicante.

El resto de la historia la narra Carmen en el libro al que me refiero, que es una nueva e imprescindible contribución suya para redimensionar el material textual que ordenamos y que fue trabajado y transcrito por ella desde 1988 hasta su Tesis doctoral defendida en la Universidad de Alicante en 1992 y titulada *El antetexto hernandiano*: más de dos mil páginas de edición y reflexión sobre los manuscritos de Miguel Hernández que son sin duda el trabajo más relevante que se ha realizado sobre los orígenes de su obra poética.

Y lo es por varias razones: la primera porque amplió generosa y rigurosamente la edición que realizamos en 1992 de la *Obra Completa* de Miguel Hernández. La segunda porque, en 2013, Carmen publicó un libro titulado *Miguel Hernández. El desafío de la escritura* que es, como escribí hace tiempo, uno de los

mejores libros sobre el poeta, que rehace, amplia y determina la compleja escritura de un poeta que murió antes de cumplir los treinta y dos años y que realizó en poco tiempo de producción, no más de doce años, un esfuerzo inopinado que provocó uno de los resultados más imprevistos de nuestra tradición literaria. Creo que, como dije hace algún tiempo, «el desafío de la escritura» es lo que el libro de Carmen Alemany reconstruye de una forma absolutamente nueva. O sea, se trata de explicar entre primeras versiones, prosas que anteceden a versos, variantes y variaciones, cómo aquel joven llamado Miguel Hernández iba escribiendo algunos libros que están en el canon de la poesía española del siglo XX, cómo trabajó con dureza el lenguaje, cómo se apoderó de él y creó un estilo o varios estilos propios en su poesía.

La tercera razón es el material textual que nos entrega ahora con sus *Textos inéditos e inconclusos de Miguel Hernández (Estudio y Edición),* un libro en el que nos ofrece poemas no acabados y el material preparatorio de textos que quedaron sin vincular a los que editamos en la *Obra completa*. Agotada la primera edición en poco tiempo, creo que estamos ante lo último que quedaba de la textualidad hernandiana, por lo que sumergirse en sus páginas es encontrarnos de nuevo con la imagen del poeta en sus titubeos, sus hallazgos, sus imposibles, sus avances, sus retrocesos incluso. Es como un magma textual, cuya lava no acaba de cristalizar, pero indica la potencia de su origen. Un capítulo, el cuarto, «Reflexiones sobre los textos inéditos e inconclusos», nos ofrece un amplio ejercicio de vinculación entre elementos del magma textual y cristalizaciones posibles en versos, en una lección crítica que recomiendo al lector por su utilidad, por la validez metodológica de estas relaciones textuales entre lo que el poeta escribe y lo que finalmente resulta.

En noviembre de 2022, cuando apareció el libro, andaba yo averiguando trazas del *rayo* amoroso y existencial hernandiano, el que alumbra en *El rayo que no cesa*, en una búsqueda que concernía al rayo amoroso de Juan de Tarsis, conde de Villamediana (del que Hernández había corregido las pruebas de la antología que Neruda preparó en 1935 para *Cruz y raya*) y me encontré con el libro de Carmen que me entregaba varias posibilidades previas, que conjuntaban el rayo naturaleza con el rayo amoroso.

En fin, materia textual que explica la creación del poeta en intentos, aproximaciones, centros de interés que se despliegan luego en su creación. Otra contribución que nos aporta ejemplos para entender el trabajo poético de Hernández, su incansable esfuerzo con la palabra que lo sitúa entre las figuras imprescindibles del siglo XX. En fin, creo que el libro de Carmen tendrá un largo recorrido porque hay nuevas claves para intentar explicar su escritura. A través de él, nos podemos

meter en su taller creativo, en esos momentos esenciales en los que, como sabemos, las palabras van llenando un esbozo de creación que luego, transformado, corregido, reelaborado, rimado y ritmado, a veces dará como resultado el poema y, otras veces, ese momento de creación del que resultará finalmente el silencio, que es otra posibilidad del momento de la escritura. Por todo eso, por lo que significa este libro, otra vez, gracias, Carmen por tu trabajo.

Miguel Ángel Lozano

Se presentó el 29 de enero, en la Sede Universitaria de la calle San Fernando, el libro *La mirada serena*, dedicado a Miguel Ángel Lozano, profesor emérito de nuestra universidad y catedrático de Literatura Española hasta su jubilación en 2019. El monográfico, riguroso y eficazmente editado, ha sido coordinado por Laura Palomo, Ángel Luis Prieto y Juan Antonio Ríos, y colaboramos en él unas treinta personas vinculadas a la lección y la figura de Lozano. El libro es importante y resulta además un testimonio de afecto hacia quien, con su buen hacer, siempre ha acreditado merecerlo.

Durante más de cuarenta años, he repetido a mis alumnos que Miguel Ángel Lozano era el mejor entre nosotros, porque era el que más leía, como desocupado lector, como atento y permanente leedor de la creación literaria de clásicos y contemporáneos. Evocó Prieto de Paula esta condición, y también lo hizo el decano José María Ferri, destacando el primero que no había sido un profesor obsesionado con ese tipo de currículum que se hace respondiendo a golpes impuestos por la premura de agencias de evaluación, sino un lector paciente que navegaba diariamente por lo que más le ha hecho disfrutar de su tiempo: la literatura.

A este mérito incontestable, se ha unido su carácter conciliador, que hemos vivido durante estos años los que estábamos cerca de él. En la universidad, como en todas partes, surgen tensiones, producto de enfrentamientos personales y laborales. Siempre, Lozano las atenuaba en su entorno y con su convivencia atenta y respetuosa.

Hablaría de sus de sus grandes lecciones críticas e historiográficas: primero, de su tesis doctoral sobre Pérez de Ayala, que fue su primer libro, titulado *Del relato modernista a la novela romántica: la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala,* con el que obtuvo el prestigioso Premio Fastenrath de la Real Academia Española en 1987; seguiría con su pasión azoriniana y mironiana, porque Azorín y Gabriel Miró, en ediciones preparadas minuciosamente por él, ocupan más de un estante de mi biblioteca. Hablaría finalmente de sus *Imágenes del pesimismo: literatura y arte en España, 1898-1930*, un libro en el que, desde su lección sobre la ciudad muerta, a

la España negra de Darío de Regoyos o José Gutiérrez-Solana, creó una perspectiva en la que destaca la mirada que le hace unir escritores (Georges Rodenbach, Émile Verharen, Azorín, Valle-Inclán) con pintores como Regoyos, Solana o Zuloaga en una lección de inteligencia sensible.

He leído estos días un artículo reciente suyo «*Tras Los primeros pasos*… Lorenzo Casanova y Gabriel Miró» (*Cuadernos del MUBAG*, 2) sobre el cuadro *Los primeros pasos* de Lorenzo Casanova, su relación con Gabriel Miró, o la filiación del cuadro en Van Gogh y, más lejanamente, en Millet, que es una brillante observación de la pintura, cercana a la reflexión literaria, que Miguel Ángel ha practicado siempre con maestría.

En lo relativo a la docencia, hay una lección continua en Lozano, evocada por los que la han vivido, relativa a sus clases del Quijote, en las que hacía vivir con emoción algunos momentos del ingenioso hidalgo. Como profesor de los Siglos de Oro, sus clases han sido un lujo en nuestra Facultad, un aprendizaje de lo clásico que se actualizaba a lo largo de una tradición que llega para él hasta el siglo XX.

Las palabras de Lozano, tras las de quienes presentaban el libro, fueron una manifestación de sencillez y de recuerdo de sus maestros, de colegas, de discípulos próximos luego en la docencia, de amistades que han recorrido su vida y su afecto, de su familia. Por todo ello, esta nota breve es un agradecimiento al amigo, por su honestidad, su magisterio y su escritura.

José Carlos Rovira